

**XXXI Jornadas de Investigación del Instituto de Literatura Hispanoamericana
Facultad de Filosofía y Letras - Universidad de Buenos Aires - Marzo de 2019**

Rodolfo Walsh y Miguel Barnet: en busca de la voz del otro

Celina Ballón

Introducción

Nuestra comunicación se propone indagar un fenómeno del campo literario latinoamericano de los años '60 que nos parece de especial relevancia: el surgimiento de los sectores populares como sujeto y hablante de la literatura. Centraremos nuestro análisis en dos obras de no-ficción de este período – *Biografía de un cimarrón* y *¿Quién mató a Rosendo?* - a fin de establecer los modos en que el otro cultural habla y/o es hablado en cada una de ellas.

El skaz y las nuevas formas de registro: derivas de la palabra grabada.

Entendemos el término skaz tal como lo hace Mijail Bajtín, como una unidad estilístico-compositiva que consiste en la estilización de las diferentes formas de la narración oral costumbrista. En palabras del autor, “Nos parece que, en la mayoría de los casos, el relato oral se introduce precisamente para representar una voz ajena, socialmente determinada, que aporta una serie de puntos de vista y valoraciones que el autor está buscando. Se introduce propiamente el narrador que no es literato y que las más de las veces pertenece a los estratos socialmente bajos, al pueblo (que es lo que le interesa al autor), aportando su habla” (Bajtín: 1986: 279-280).

Dos puntos nos parecen particularmente relevantes en esta definición: la resignificación del discurso ajeno - el autor utiliza la palabra del otro en el mismo sentido de sus propias aspiraciones – y la interrelación que establecen ambas voces dentro del skaz. Este último punto resulta de primordial interés en nuestro análisis: ¿De qué manera el autor pone la palabra ajena al servicio de sus propias aspiraciones? ¿De qué modo se relacionan la voz del autor y las voces de los demás narradores en el skaz?

Creemos que la respuesta a ambas preguntas es indisociable del carácter que asume la relación social entre el escritor y aquellos otros de cuyas vidas da cuenta, y por eso comenzamos nuestro trabajo con esta indagación.

¿Del yo al nosotros?: Autoridad, legitimidad y escritura

El libro *¿Quién mató a Rosendo?* se basa en una investigación publicada por Walsh en el Semanario CGT, periódico en el cual se desempeñaba como director.

La investigación de estos crímenes enfrentó al autor a una puesta en cuestión de su legitimidad en tanto portavoz de los militantes de esta central sindical. Así lo recuerda el Indio Allende: “¿Vos leíste esa obra ‘Un kilo de oro’? Bueno, imagínate que sea durísimamente criticada por nosotros. Entonces cuando él quiere sacar su publicación sobre lo de La Real – toma aire y habla como si volviera a hablarle a Walsh- : *No te zarpés, no te vengás a hacer el pelotudo, que esta obra tiene que ser dirigida a nuestra gente, flaco, si no no te vamos a dar los datos...*” (Arrosagaray: 2006: 67). La desconfianza expresada por Allende llegaba hasta Raimundo Ongaro, máximo dirigente de la CGTA. Walsh dejó testimonio de ello en su diario personal: “ ‘No entiendo nada’ , parece que dijo Raimundo. ‘¿Escribe para los burgueses?’ ” (Walsh: 1996: 133). De la respuesta que los mismos militantes dieran a esta pregunta dependía el destino de la investigación de los asesinatos de La Real. La escritura de *¿Quién mató a Rosendo?* se revela como un producto de negociación con los militantes, que desde el principio impusieron sus condiciones para colaborar con la investigación. Pero esto no es todo: Walsh contó con la participación de los sobrevivientes en las tareas propiamente periodísticas (tal es el caso del reportaje a Norberto Imbelloni, que realizó en compañía de Rolando Villafior). Vemos aquí un claro signo de época: los sectores subalternos devienen interlocutores capaces de impugnar los textos que dan cuenta de ellos.

Creemos que esta misma puesta en cuestión de su legitimidad en tanto portavoz impulsa a Walsh hacia la palabra de los otros. Una anotación de su diario da cuenta de esto: “Tendría que preguntarle a Raimundo qué literatura le gusta a él, qué novelas no están escritas para los burgueses y qué cuentos pueden escribirse ‘para’ los obreros” (Walsh: 1996: 133). No hay registro de que esta pregunta haya sido formulada, lo que sí sabemos es que el desconcierto lo llevó a una revalorización del sociolecto del otro. Así lo recuerda el militante gráfico Ismael Alí: “Él se iba a la casa de Raimundo y se pasaba horas conversando con él – en Los Polvorines – y lo grababa y lo grababa” (Arrosagaray: 2006: 63).

El caso de Walsh ilustra un fenómeno que ya había señalado por Bajtín a principios del siglo XX: la orientación del discurso hacia la palabra ajena es el resultado de una crisis de los sentidos sociales hegemónicos que impacta tanto en la legitimidad de formas y estilos literarios como en la legitimidad de la palabra del autor. En su primera versión de

Problemas de la poética de Dostoievsky Bajtín formula una afirmación que luego suprime: “L’attuale interesse della letteratura nei confronti dello skaz si spiega, a nostro avviso, con l’interesse per la parola altrui. La parola diretta, autoriale, conosce al giorno d’oggi una crisi che ha ragioni sociali” (Marcialis: 2014: 83). En la edición de 1975 encontramos un párrafo que nuevamente relaciona la crisis de autoridad de la palabra del autor con el recurso a la palabra ajena: “No en cualquier época es posible una palabra directa del autor (...) Cuando no existe una forma adecuada para una expresión inmediata de las ideas del autor, es necesario echar mano de la retracción de estas ideas en la palabra ajena” (Bajtín: 1975: 280). Se abre aquí un campo de problemas de investigación que pueden sintetizarse en una pregunta: ¿qué relación establecen las obras de cada época revolucionaria con la palabra de los otros?

Lo primero que se observa en *¿Quién mató a Rosendo?* es una clara separación de los enunciadores. Walsh diferencia, por medio de la tipografía, su palabra de la palabra de los militantes obreros. La enunciación del autor es una enunciación interrumpida por la palabra de los militantes de base involucrados en los hechos, que hablan en largos párrafos en el prólogo y en las dos primeras partes del libro. Estamos ante un ejemplo de lo que Eichenbaum llama: “la intermitencia del estilo”, vale decir, la coexistencia de dos principios narrativos diferentes: el del narrador oral popular y el del discurso escrito del autor. Los hechos se narran de manera alternada: el narrador suele ocuparse de la contextualización de los hechos. El desarrollo en detalle de los acontecimientos queda a cargo de aquellos que han sido sus partícipes o testigos, a quienes se les reconoce la autoridad que resulta de la experiencia. Pero no es este el límite que consideramos fundamental, sino aquel que se establece entre dos sujetos socio-políticos que buscan aliarse, con las dificultades que imponen sus diferencias. Verificamos dicho límite en la inclusión dos semblanzas biográficas escritas por el militante de base Raimundo Villaflor en una periódico gremial. El autor describe dicha publicación como “un folleto mimeografiado en Gerli”, marcando de esta manera su diferencia con el semanario que él dirige. La publicación de Gerli no tiene ni siquiera la categoría de un órgano de prensa, se resalta asimismo su carácter barrial y precario (se ha impreso de modo artesanal y su circulación es sumamente restringida). Y a pesar de ello, el autor cierra la biografía de los dos militantes de base asesinados con dos semblanzas publicadas allí. ¿Por qué?

Creemos que el mismo Walsh responde la pregunta. Al hablar de Blajaquis, hipotetiza que “tal vez le habría alegrado presentir, que esta evocación insuficiente, que algún día

será completada, la cerraría en el periódico de los trabajadores uno de sus compañeros. En un folleto mimeografiado en Gerli escribe Raimundo Villaflor...” (Walsh: 2003: 66-67). Lo primero que se advierte en esta cita es el reconocimiento del militante de base veterano como una instancia de autoridad. Walsh se interroga aquí acerca de la posibilidad de obtener la aprobación de Blajaquis. El segundo punto insoslayable es la asunción por parte del portavoz de la falencia de su palabra. Ésta es insuficiente, hay algo de lo que no llega a dar cuenta. Encontramos un indicio de las razones de ello cuando el autor vuelve a ceder la palabra a Villaflor para hablar de Juan Zalazar: “sea una vez más su hermano Raimundo Villaflor quien lo despide” (Walsh: 2003: 71). Vemos aquí cómo el texto reconoce una frontera entre el portavoz y sus representados. Los militantes de base están unidos por un lazo que excluye al portavoz. Dicho lazo marca una frontera discursiva: la palabra final sobre la memoria de los muertos la tienen aquellos que fueron testigos de su vida y compañeros de su lucha. El portavoz reconoce una autoridad discursiva fundada en la hermandad de clase y, por lo tanto, cede la palabra. En contrapartida, la autoridad del autor es unánime en la última parte del libro, titulada “El Vandorismo”, en la cual se aborda la génesis y el modus operandi de la burocracia sindical, así como su rol político y su papel como actor macroeconómico.

Miguel Barnet o la traducción a las formas cultas

John Beverly define del siguiente modo a la literatura testimonial:

“Una novela o una narración (...) relatada/contada en primera persona por un narrador que es también el protagonista real o el testigo de los acontecimientos (...). La unidad de narración es generalmente una vida o una significativa experiencia de vida (...). Dado que en muchos casos el narrador no es un escritor profesional, sino un analfabeto funcional o un analfabeto, la producción de un testimonio generalmente incluye la grabación, transcripción y finalmente la edición/revisión del relato oral por un interlocutor quien es usualmente un intelectual, periodista o escritor. (Recordando el término formalista ruso, el testimonio sería una especie de skaz, un simulacro literario de narración oral)” (Beverly: 2004: 32-33)

La definición pone de manifiesto dos problemas. El primero es el rol dominado del testimoniante en su relación con el escritor. El narrador está marcado por una carencia fundante de la relación: la del lenguaje escrito, que lo pone en situación de necesidad (el letrado viene a cumplir una función que el informante no puede llevar a cabo). La relación informante-informado es la relación entre un detentador y un desposeído de una

técnica. El segundo problema consiste en asimilar los métodos de producción del testimonio a la situación de analfabetismo de los informantes. La grabación sería entonces un método al que se recurre a falta de otros mejores, casi una consecuencia de una limitación de los informantes que también esta definición presupone.

A pesar de las objeciones que formulamos a esta definición, la elegimos como punto de partida por dos razones. En primer lugar, porque postula el carácter constitutivo del skaz en este tipo de relatos y este es un aserto que nos proponemos indagar, y en segundo, porque Barnet comparte estas afirmaciones y los supuestos que las fundamentan.

Miguel Barnet considera que una de las características de la novela-testimonio es la de basarse en la lengua hablada “decantada”. Un párrafo establece el sentido de dicha decantación: “esta lengua así, en estado de pureza, tiene unas estructuras que no comunican universalmente. El problema es saber elevar estas formas, estas estructuras, a otras formas, otras estructuras: las cultas.” (Barnet: 1986: 293).

La asimetría queda aquí expuesta sin ambages: el escritor es representante de lo universal. Sus estructuras lingüísticas son las elevadas, las estructuras lingüísticas del informante-protagonista son materiales a depurar a fin de extraer de ellos aquello que vale de acuerdo a los criterios de la lengua culta. Es aquí cuando surge el interrogante: ¿qué es lo que queda de la palabra del otro? Barnet brinda una respuesta en el prólogo de *“Biografía...”:* “En todo el relato se podrá apreciar que hemos tenido que parafrasear mucho de los que él nos contaba. De haber copiado fielmente los giros de su lenguaje, el libro se habría hecho difícil de comprender y en exceso reiterante” (Barnet: 1968: 12).

La autoridad discursiva va en un solo sentido: del escritor al informante. Así lo reconoce Barnet: “Nos contaba, de una manera deshilvanada y sin orden cronológico, episodios importantes de su vida” (Barnet: 1968: 9). El modo de narrar propio del informante carece de valor para Barnet, que se impone la tarea de seleccionar los hechos y ordenar el discurso: “Una vez obtenido el panorama de su vida, decidimos contemplar los aspectos más sobresalientes, cuya riqueza nos hizo pensar en la posibilidad de confeccionar un libro donde fueran apareciendo en el orden cronológico en el que fueron apareciendo en la vida del informante” (Barnet: 1968: 10). Estamos ante una operación discursiva que cancela el mismo discurso que tiene por objeto: el otro al que se hace hablar termina por ser enteramente hablado. Este es el único camino posible en los términos que plantea Barnet, que rechaza de plano la literaturización de la expresión viva de estos hablantes que no conocen las convenciones de la lengua culta: “El

lenguaje coloquial es otra trampa en la que muy fácilmente caen los escritores latinoamericanos. (...) Han cuajado sus libros de palabras autóctonas, de giros, de una jerga que a fuerza de ser retorcida y limitada ha cubierto al hombre que debía aparecer en la trama (...) Todo un arsenal de retórica folklorista en detrimento del hombre”. (Barnet: 1986: 291).

Elzbieta Sklodowska señala el problema fundamental cuando afirma que Barnet “pareció haberse dado cuenta de que la preservación de valores ignorados y casi extintos de la cultura afrocubana sería posible tan sólo a través de los medios ajenos a esta cultura (la grabación, la escritura, el discurso culto europeo)” (Sklodowska: 2002: 801). Estos asertos revelan un presupuesto fundamental en la teoría de este autor: la inferioridad del lenguaje del informante y la naturalización de la opresión cultural.

Sólo a primera vista puede aplicarse la categoría de skaz a un relato testimonial como “*Biografía...*, ya que el skaz implica la introducción de una palabra ajena, portadora de puntos de vista que no son los del autor, y la teoría de Barnet clausura la polifonía. Esteban Montejo queda aquí reducido a la categoría del informante: brinda la materia prima para un relato que construye otro, bajo un paradigma que le es ajeno.

Palabras finales

¿Puede el subalterno hablar? Si entendemos al lenguaje en términos dialógicos, podemos afirmar que el subalterno puede hablar en el discurso letrado en forma de una réplica que dicho discurso no puede desconocer. Este tipo de réplica, tal como la encontramos en *¿Quién mató a Rosendo?* opera en dos sentidos fundamentales. En primer lugar, delimita el campo de lo decible: “el testimonio también está limitado: si yo persigo ciertos fines políticos inmediatos tengo que dar una verdad recortada, no puedo ofender a mis amigos que son mis personajes” (Walsh: 1996:187-188). En segundo lugar, la lengua del otro interpela a la lengua del letrado al punto de ponerla en crisis. Walsh interviene en el debate epocal acerca de la novela estructurando la obra como un espacio de enunciación alternada entre la lengua culta y la lengua popular, y en ello leemos un gesto político: el portavoz reconoce sus limitaciones para hablar por el otro. El skaz aparece entonces como síntoma de la problemática alianza de clases y de las contradicciones de la lengua en que es posible decir nosotros.

Bibliografía

Arrosagaray, E. (2006) *Rodolfo Walsh, de dramaturgo a guerrillero*. Bs. As., Catálogos.

Bajtín, M. 1989 (1975) “La palabra en la novela” en *Teoría y estética de la novela. Trabajos de investigación*. Madrid, Taurus.

_____ 2005 (1986) *Problemas de la poética de Dostoievski*, México DF, Fondo de Cultura Económica.

Barnet, M. 1968 (1966). *Biografía de un cimarrón*. Bs. As., Galerna.

_____ 1986 (1969) “La novela testimonio: Socioliteratura” en Jara, R. y Vidal, H. (Eds.), *Testimonio y literatura*. Institute for the Study of Ideologies and Literature, Minneapolis.

Beverly, J. 2004 (1989) “The margin at the center” en *Testimonio: On the politics of truth*, Minneapolis, University of Minnesota Press.

Marcialis, N. (2014) “M.M. Bachtin e il problema dello skaz” en *Studi Slavici* (XI) pp. 81-98.

Skłodowszka, E. (2002). “Miguel Barnet y la novela-testimonio”. En *Revista Iberoamericana*, n° 200, pp. 799-806.

Walsh, R. (1969) 2003 *¿Quién mató a Rosendo?* Buenos Aires, De la Flor.

_____ (1996) *Ese hombre y otros papeles personales*. Bs. As., Seix Barral.